

EL SURREALISMO NAIF DE TERESA.

Teresa Ruiz de Lobera, Teresa, es como pinta, pinta como habla, y habla como es.

Tiene todavía ese aspecto de colegiala tan lista como traviesa pese a que la madurez está en su biografía y en su expresión como está en esas frutas que se han sazonado en el árbol y cuyo aroma precede y anuncia su valor definitivo. No es casualidad ni mucho menos fortuito que Teresa se haya criado con una madre que todos la queremos como propia, ni que su trayectoria vital haya llegado a Valencia junto a las herramientas más precisas para el armado del velero del Desafío Español de la América's Cup, ni que las tierras y los vinos de Jalón hubieran catado previamente la sensibilidad de esta muchacha permanente.

Sus treinta y pico años (poco pico) y sus cuatro hermanos mayores son testigos de que en su niñez madrileña ya quería ser artista, mejor dicho pintora. Y de ello da fe Cecilia cuando recuerda con qué facilidad se expresaba con imágenes en su más tierna infancia.

Luego vendría una formación específica vinculada al arte y al diseño, a la publicidad también, y la forja de un carácter, de una biografía, que encierra de un golpe esa cita de Chagall tan bien elegida por su madre para dar nombre a esta exposición rica en temática y colorido que puebla la Sala de Bambú del Palau de la Música : "Estado del alma".

Conocí su trabajo en mi casa, recién llegados ella y Andy a Valencia, cumpliendo yo años, apenas unos días después de que me convocara Andrés Perea en Soria para homenajear al viejo maestro Fernández Alba. Y allí, con Cecilia, con Joaquín, con Bonet Correa y su esposa, con Tonín Vélez, con Natacha Seseña, con tantos y tantos "viejos roqueros" empecé a conocer a Teresa antes de conocer su trabajo pictórico.

Profunda, apasionada, sensible, directa y ...sobre todo, tímida. Así se me iba apareciendo quien luego iba a conocer mejor a través de sus cuadros, pero también de su proximidad a los niños, de su trabajo solidario por el agua, de su constante preocupación social, de su alegría de vivir nunca exenta de un cierto dramatismo.

Y si "de Madrid al cielo" se ha dicho siempre, Teresa Ruiz de Lobera, Pérez Minguez ha llegado, para nuestra satisfacción, al cielo de Valencia desde su Madrid natal en un intenso itinerario que incluye Londres y Cornualles (donde se graduó en Bellas Artes y consolidó su técnica tan rigurosa como aparente y premeditadamente desaliñada), Cornwall, la selva peruana (junto al pintor Montes Shuna), Tarragona otra vez en España, y Jalón.

Hoy el Palau se vuelve marinero, sorollano, de la mano de la Teresa marinera, sorollana sin saberlo, bajo la carpa-vela, bajo el círculo mágico de los pequeños cuadros colgantes y sobre el rojo. Sobre él pasean los caballos, o se plantan y el simpático animal de "cuando llegas a casa"; amarillos o rojos intensos y curiosas perspectivas, casi trucos perspécticos. O el retrato de Andy con su pavo, un gran formato que bien pudiera acompañar a cuantos componen la magnífica muestra que habita actualmente las salas del Tyssen y de la Fundación Caja Madrid.

Hay algo en los fondos de esta vigorosa pintora, ya sean ocres muy claros entreverados con amarillos más chillones, ya añiles decolorados como por el paso del tiempo, o sean grises verdosos, como enmohecidos, que nos habla de su amor por la naturaleza, de su permanente vocación humanitaria.

Y en las formas, en los trazos cada vez más firmes, hay un dramatismo que se acentúa con la ingenuidad –natural o ficticia, para la ocasión no importa– del imaginario circense que nos retrotrae a la infancia de la autora y –lo que es mejor– a la del observador complacido.

Anda Teresa, mientras escribo este texto, y es confidencia no autorizada de la que les hago favor, entretenida en la casa de sus padres de Xalò en colocar telas de vela marinera en los pequeños cuadros que quiere colgar del techo. Y lo está haciendo con el mismo mimo con el que observa con sus ojos bondadosos cuanto a su lado acontece, y con la misma pasión con la que trabaja el acrílico sobre sus lienzos.

El resultado es majestuoso y provocador pues de las simetrías y de las composiciones más armoniosas hace sustrato de tal juego de colores y formas que la conclusión concita la frescura de los dibujos infantiles y el misterio del propio Chagall (o de Modigliani añadiría Cecilia).

Y el retrato de nuevo, en clave más picassiana, y exuberante, que el "payaso" representa quizás también como el inicio de una serie. De mirada inquietante, cabezón, tan sonriente que no hay quien se resista a hacerlo con él. No me tomen muy en serio pero yo diría que se trata de un autorretrato inconfeso.

Así que nos está pareciendo que esta joven pintora no es una pintora joven, sino bien madura, que nos ha sabido atrapar en la magia de su desmedida pintura doméstica al mismo tiempo que nos rendíamos a la generosa humanidad de la artista.

José María Lozano Velasco. Doctor Arquitecto.

Catedrático de la Universidad Politécnica de Valencia.